

**Victorias y padecimientos de la fe**

**(Quinta parte)**

(Heb. 11:32-38)

**Introducción:**

1. Victoriosos en la confrontación
2. Victoriosos sobre la muerte
3. Victoriosos en la mejor resurrección

La carta a los Hebreos está dirigida, en primera instancia, a un grupo de creyentes que habían salido del judaísmo para confiar en Cristo como su salvador. Pero este caminar en Cristo les estaba costando mucho: su familia, su comodidad, sus bienes, su reputación, su libertad, entre otros. Ellos estaban experimentando en carne propia lo que Cristo había advertido era el costo de seguirlo a él:

*“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?”* (Mt. 16:24-26)

*“Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo”* (Mt. 10:22).

Seguir a Cristo, ser su discípulo, identificarse con él plenamente, trae consigo una multitud de adversidades, pues, el sistema mundano de pensamiento, incluyendo todas sus religiones, está en oposición a Cristo y a todos los que le siguen: *“Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece. Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán... Estas cosas os he hablado, para que no tengáis tropiezo. Os expulsarán de las sinagogas; y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios”* (Juan 15:18-20; 16:1-2).

Estos judíos convertidos al cristianismo estaban atravesando el valle de la adversidad y veían como cada día se cernía sobre ellos el sufrimiento por causa de Cristo. Parece que algunos de ellos estaban flaqueando en su fe y habían considerado la posibilidad de claudicar y abandonar a Cristo, cediendo a la presión de sus adversarios, los cuales procuraban hacerlos regresar al sistema religioso judaico.

Pero el autor de la carta, inspirado por el Espíritu Santo, recurre a las armas espirituales que el Señor ha dado al creyente, para que, confiado y fortalecido en la Palabra de Dios, pueda resistir los ataques de Satanás y de su sistema mundano, manteniéndose firme en la adversidad, acudiendo con confianza al Trono de la Gracia donde encontrará al Sumo Sacerdote que traspasó los cielos y que ahora intercede por su sufrido pueblo.

El estímulo del autor de la carta no se basa en principios psicológicos motivacionales, sino en los principios y testimonios de la Palabra de Dios, pues, sólo ella tiene el poder, aplicada por el Espíritu Santo, de dar verdadera fuerza al creyente en medio de la lucha.

A través de todo el capítulo 11 el autor demuestra a estos temerosos creyentes que ellos no han sido los únicos que han sufrido adversidades por causa de Cristo, sino que *“los mismos padecimientos se van cumpliendo en vuestros hermanos en todo el mundo”* (1 Ped. 5:9), y el mejor ejemplo ha sido tomado de los personajes del Antiguo Testamento, creyentes que libraron fieras batallas por causa del Reino de Dios y gozaron las victorias y los padecimientos de la fe. Pero ellos vieron en sus propias vidas que la gloria prometida a los creyentes sólo se disfrutará luego de padecer por causa de Cristo, como dijo Pedro: *“Mas el Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo, después que hayáis padecido un poco de tiempo, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca”* (1 Ped. 5:10).

En esta sesión estudiaremos la segunda parte del verso 34: *Que por fe “apagaron fuegos impetuosos, evitaron filos de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros”*

Ya analizamos quiénes fueron los que apagaron fuegos impetuosos. En esta ocasión nos concentraremos en aquellos que por la fe *“evitaron filos de espada, sacaron fuerzas de debilidad, se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros”*.

“*Evitaron filos de espada*”. La fe en Dios impulsó a muchos de los profetas a escapar de la espada o la persecución que venía sobre ellos, librándose así de la muerte. David, siervo de Dios, muchas veces fue librado de la espada de su archi-enemigo, el rey Saúl.

En una ocasión, cuando David interpretaba el arpa, a través de la cual venía cierto alivio sobre el alma turbada de este rebelde rey que era atormentado por un espíritu malo de parte del Señor, Saúl le arrojó una lanza con el fin de matarlo, pues, tenía envidia de David porque Dios lo había escogido para ser el nuevo rey de Israel (1 Sam. 18:6-11). Pero David confiaba en el Señor y era su siervo, tenía fe en él y en Su palabra; por lo tanto, Dios lo guardó muchas veces de las lanzas y de la espada de Saúl y de todos sus enemigos. Es por eso que en sus muchos salmos él declaraba la inmensa confianza que tenía en el poder preservador de Dios: “*Tú, el que da victoria a los reyes, el que rescata de maligna espada a David*” (Sal. 144:10).

También el profeta Elías fue librado de la espada asesina de la impía y usurpadora reina Jezabel, la cual quería matar al siervo de Dios porque le era estorbo en sus planes de implantar en Israel el culto idolátrico a Baal.

Elías, como todo profeta verdadero del Dios viviente, rechazó la nueva religión que estaba practicándose dentro del pueblo de Dios, y condenó el culto a Baal. Por tanto, los falsos profetas, bajo el mando del poder gubernamental impío, procuraron acallar la voz de los pocos profetas de Dios que quedaban en Israel.

A pesar de que el rey Acab, manipulado por su esposa Jezabel, había procurado la muerte de Elías, no lo pudo hacer, porque este escapó de sus manos y huyó hacia lugares más seguros. “*Viendo, pues, el peligro se levantó y se fue para salvar su vida, y vino a Beerseba que está en Judá...*” (1 Rey. 19:4).

Luego el Señor lo confortó milagrosamente con una comida que le permitió caminar 40 días a través del desierto hasta llegar a Horeb, el monte de Dios (1 Rey. 19:7-8). Allí se escondió en una cueva y Dios lo protegió del peligro.

Elías huyó no por cobardía o temor a la muerte, pues, su valor se deja ver en que retó al mismo rey, yendo en contravía de la religión que trataba de imponer en Israel.

Los sacerdotes y líderes religiosos del pueblo de Dios, en su tiempo, se habían dejado atrapar por las filosofías de la época y no vieron problema alguno en mezclar el culto al verdadero Dios con el culto a un dios falso; tampoco vieron problemas en amoldar un poco la teología bíblica al pluralismo religioso que se estaba imponiendo; pero los profetas de Dios son radicales en la doctrina bíblica, y jamás ceden ante las doctrinas eclécticas que los líderes religiosos de la iglesia introducen con sutileza, es por eso que Elías le dice a Dios: *“He sentido un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas; y sólo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida”* (1 Rey. 19:10).

Elías, así como otros profetas, huyeron de la espada asesina no por cobardía, sino porque ellos entendieron que eran un reducto pequeño de los defensores del verdadero evangelio, y era necesario que sus vidas se preservaran para continuar en la lucha de defender la fe bíblica.

La fe en Dios y la confianza de que él guarda a su pueblo no puede conducirnos a la pasividad, sino que por el contrario somos activos en cumplir con su voluntad preceptiva, es decir, la fe nos conduce a obedecer sus mandamientos, así eso signifique que sobre nosotros vendrá la persecución. Pero la fe también nos conduce a evitar la presunción fanática. Esa presunción que dice confiar en el poder de Dios para guardarnos, y por lo tanto actúa imprudentemente exponiéndose a una innecesaria muerte.

Luego veremos que en algunos casos los creyentes murieron por la causa del evangelio, pero no como resultado de una actitud presuntuosa y confiada.

Algunos profetas evitaron el filo de la espada, no por ser indolentes en anunciar y defender la doctrina sana, ni por ser diplomáticos y sincretistas con las innovaciones doctrinales que algunos pretendían introducir dentro del pueblo de Dios; no, los profetas de Dios se niegan a sí mismos, y no estiman sus propias vidas como cosas preciosas a las cuales aferrarse, sino que se despojan de cualquier amor propio, y lo dan todo por el Señor, incluso sus propias vidas.

Ellos no temen el desprecio de la gente incrédula, ni la burla de los líderes religiosos liberales; no, su placer es hacer la voluntad de Dios y proclamar los mandatos de Su santa

Ley, así esto les cueste la vida. Elías defendió la sana doctrina ante reyes malvados, Juan el Bautista acusó a los falsos líderes religiosos de su tiempo y denunció el pecado de divorcio y recasamiento del rey Herodes, y esto le costó su cabeza.

*“Que por fe, sacaron fuerzas de debilidad”*. Indudablemente esta declaración hace referencia al piadoso rey Ezequías, el cual, enfermó de muerte sin haber dejado un heredero al trono de Israel. Cuando el Rey se enteró por boca del profeta Isaías que moriría pronto, a causa de una enfermedad grave que padecía, se humilló ante Dios y lloró con profundo dolor y súplica, diciendo: *“Te ruego, oh Jehová, te ruego que hagas memoria de que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y que he hecho las cosas que te agradan. Y lloró Ezequías con gran lloro”* (2 Rey. 20:3).

En respuesta a su oración, y conforme al premeditado consejo de Dios, el Señor lo sanó. Y su débil salud recibió la fuerza suficiente para vivir 15 años más, y engendrar a Manasés, quien le sucedería en el trono, y a través del cual vendría el linaje de Cristo.

Ezequías ejercitó su fe en Dios, y confió en que él es misericordioso y poderoso para cumplir su voluntad en avanzar el Reino. Él no tenía fuerzas para engendrar un hijo que fuera rey en Israel, pero por medio de la fe, recibió la fortaleza necesaria para vivir y cumplir con lo que consideraba era necesario para avanzar el Reino de Dios en el mundo. Por la fe en el poder de Dios pudo decir con el hagiógrafo *“Diga el débil fuerte soy”* (Joel 3:10).

El apóstol Pablo fue uno de los que, a pesar de la debilidad de su cuerpo, recibió la fuerza necesaria para convertirse en uno de los más grandes misioneros de la historia de la iglesia. Su fe en Cristo le fortaleció y a pesar de estas debilidades, cobró fuerza en el Señor para llevar el evangelio a muchos lugares. A causa de su fe pudo decir: *“sino que lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte”* (1 Cor. 1:27).

El apóstol comprendió que el vigor de la fe no depende de la salud del cuerpo, pues, cuando somos conscientes de nuestra debilidad, y acudimos a Dios buscando su fortaleza, entonces recibiremos la fuerza para cumplir con su santo propósito.

El secreto de la fortaleza del cristiano está en mantener una conciencia de su debilidad: *“Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”* (2 Cor. 12:10).

“El problema es que a medida que envejecemos, la mayoría de nosotros somos cada vez más independientes y autosuficientes. La verdad es que el cristiano más avanzado en edad no tiene más fuerzas en sí mismo que la que tenía cuando era un niño en Cristo”<sup>1</sup>.

*“Que por fe... se hicieron fuertes en batalla”*. Los héroes de la fe no se dejaron intimidar por el poder y el número de sus enemigos. Ellos no se dejaron desalentar por las grandes probabilidades que obraban en su contra, y se negaron a retroceder en un espíritu de cobardía.

A pesar del número y la fortaleza de sus enemigos entraron en batalla campal contra ellos, y fueron victoriosos, no por su propia fuerza, sino por el poder del Señor que obra a través de la fe. Sansón, como ya hemos visto en estudios anteriores, se enfrentó, él solo, a muchos hombres a la vez, y los venció, no por la fuerza propia, sino por el poder de Dios.

Gedeón enfrentó y venció con sólo 300 hombres a un numeroso y poderoso ejército, sólo por la fe en la Palabra de Dios que le había sido dada.

David se enfrentó al gigante en batalla, siendo sólo un débil muchacho, porque él, así como su amigo Jonatán, había entendido, por medio de la fe, que *“... no es difícil para Jehová salvar con muchos o con pocos”* (1 Sam. 14:6).

Cuando la iglesia del primer siglo tuvo que enfrentarse al feroz ataque de los jefes de los judíos, enemigos de Cristo, no retrocedieron cobardemente sino que decidieron enfrentar esta situación de adversidad, no confiados en el poder humano, sino en el que viene de lo alto. Ellos oraron pidiendo valor para enfrentar esta batalla: *“Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra”* (Hch. 4:29). Como respuesta a esta confesión de debilidad y búsqueda de la fortaleza del Señor, el poder de Dios vino sobre ellos: *“Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados*

---

<sup>1</sup> Pink, Arthur. Extraído de: [http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews\\_077.htm](http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_077.htm) En: enero 26 de 2012

*tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios” (Hch. 4:31).*

*“Que por fe... pusieron en fuga ejércitos extranjeros”.* La fe condujo a los creyentes a creer que Dios los libraría de la invasión y del ataque de los que no tienen parte dentro del pueblo del Señor.

Cuando Josué tuvo que enfrentarse con los ejércitos de los amorreos que pretendían invadir las tierras conquistadas, su fe se fortaleció con la palabra del Señor que le dijo: *“No tengas temor de ellos; porque yo los he entregado en tu mano, y ninguno de ellos prevalecerá delante de ti”* (Jos. 10:8). Josué actuó con fe en la palabra de Dios y salió en guerra contra el ejército extranjero, pero él pudo ver que Dios mismo actuó a favor del pueblo de Israel peleando por ellos en esta batalla: *“Y Jehová los llenó de consternación delante de Israel, y los hirió con gran mortandad en Gabaón... y mientras iban huyendo de los israelitas..., Jehová arrojó desde el cielo grandes piedras sobre ellos..., y fueron más los que murieron por las piedras del granizo, que los que los hijos de Israel mataron a espada”* (Josué 10:10-11).

La batalla de la fe es ganada, no por los que parecen grandes y fuertes, sino por el poder de Dios que obra en su pequeño y atribulado pueblo. Este remanente, aunque parezca un insignificante gusano, será usado para extender el Reino de Cristo en todo el mundo, combatiendo la falsa doctrina, la inmoralidad reinante y el olvido del verdadero Dios que se ha generalizado por todo el mundo: *“No temas gusano de Jacob, oh vosotros los pocos de Israel; yo soy tu socorro, dice Jehová; el Santo de Israel es tu Redentor. He aquí que yo te he puesto por trillo, trillo nuevo, lleno de dientes; trillarás montes y los molerás, y collados reducirás a tamo”* (Is. 41:14-15).

El camino de la fe está invadido por muchos conflictos con ejércitos extranjeros. El mundo y Satanás procuran ver nuestra derrota espiritual y trabajan día y noche para combatirnos. Pero a pesar de la crueldad de los ataques, el cristiano se mantiene en pie, y vence al mundo, a Satanás y a su propia carne, sólo mediante la fe en el poder de Dios.

La razón principal por la cual algunos creyentes experimentan poca victoria en la guerra espiritual, es porque no ejercitan la fe. La Iglesia, hoy día, también debe enfrentar fieros

ejércitos enemigos que tratan de introducirse en nuestros terrenos para causar mayor daño, pero no podemos enfrentarlos con nuestras fuerzas, o con nuestro mero conocimiento académico, sino con el poder de Dios que nos es dado a través de la fe. Recibiremos ese poder que nos alienta para combatir el error doctrinal, la permisividad moral, el liberalismo teológico, y toda práctica contraria a los claros postulados de la Palabra de Dios.

### **Aplicaciones:**

- Una de las conquistas más sobresalientes de la fe, que suele pasarse por alto, es la capacidad de sacar fuerzas de debilidad, es decir, ser fortalecido con poder. Pero el poder de Dios no podrá verse obrar en nuestras vidas al menos que primero reconozcamos nuestra debilidad, pues, sólo cuando nos reconocemos débiles e incapaces, podremos confiar exclusivamente en el poder del Señor. Es en este punto cuando el poder del Señor nos es infundido. Hermanos, de seguro que en tu vida cristiana estás enfrentándote con gigantes que tratan de aplastarte para que no sigas confiando en Cristo; a lo mejor un pecado particular está dañando tu vida de santidad, o grandes obstáculos se atraviesan en tu peregrinar hacia la santa Sión; recuerda que tu fuerza es ninguna para enfrentar estos numerosos ejércitos, reconoce ante el Señor tu total incapacidad, y como el rey Ezequías suplica sus muchas misericordias; pues, cuando reconoces tu debilidad, entonces el poder del Señor obrará maravillosamente en tu vida, concediéndote la victoria. No seas soberbio, no seas altivo, luchando en tus propias fuerzas pues, *“Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes”* (Stg. 4:6). No olvides, que el reconocimiento de nuestra debilidad es el comienzo de nuestra fortaleza. Dios está atento a su pueblo, que depende solamente de él, y no los abandonará, por eso la Palabra dice: *“Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová (es decir, los que reconocen su propia debilidad) tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán y no se cansarán; caminarán y no se fatigarán”* (Is. 40:29-31).
- ¿Cómo está tu servicio a Cristo? ¿No estás haciendo nada porque crees que estás lleno de mucha debilidad y crees que eres incapaz de servirle efectivamente? No estás equivocado

cuando crees que eres incapaz, realmente lo somos. No podemos hacer nada para el avance del Reino de Cristo, por nosotros mismos. Debemos decir como el apóstol Pablo “... *aunque nada soy*” (2 Cor. 12:11). Nada somos, pero al Señor le place usar a lo que es considerado como nada para extender su reino en el mundo “Jael, miembro del <sexo débil> dio muerte a Sísara con una estaca de la tienda (Jue 4:21). Gedeón empleó unos frágiles cántaros de barro en la derrota de los madianitas (Jue. 7:20). Sansón utilizó la quijada de un asno para dar muerte a mil filisteos (Jue. 15:15). Todos ellos ilustran la verdad de que Dios ha escogido las cosas débiles de este mundo para avergonzar a las fuertes (1 Cor. 1:27)”<sup>2</sup>. Somos débiles en nosotros mismos, pero investidos del poder de lo alto haremos hazañas portentosas para el avance del reino de Cristo, como las que hicieron los débiles apóstoles de Cristo, los cuales, luego de ser revestidos del Espíritu Santo, así como Sansón, recibieron la fuerza para combatir el ejército enemigo de Satanás, entrar en sus terrenos y conquistar miles de almas para el imparable reino de Dios (Lc. 24:49).

---

<sup>2</sup> MacDonald, William. Comentario bíblico. Página 1008